El evangelio de Juan se refiere al misterio eucarístico en el capítulo sexto. Según un esquema similar al de la última Cena, es descripto el milagro de aquellos pocos panes distribuidos a una multitud y al mismo tiempo Jesús habla del pan que da la vida, es decir, de su carne y de su sangre, que son el verdadero alimento y la verdadera bebida; quien tiene fe en Jesucristo come su carne y logra vivir eternamente. Es difícil comprender el discurso sobre la Eucaristía: sólo quien busca a Jesús y no a sí mismo puede entenderlo (*Jn* 6,14 s. 26). Tal consciencia se ha manifestado, después de Pentecostés, en la participación frecuente de los bautizados, fieles a las enseñanzas apostólicas, a la comunión fraterna y a la *fractio panis* (*Hch* 2, 42.46; 20, 7-11), en la "Cena del Señor" (*1 Co* 11,20). Éste es el fundamento de la *dimensión apostólica* de la Eucaristía. Las narraciones del Nuevo Testamento sobre la Eucaristía, vivida como acción de gracias y memoria sacramental, muestran que al reconocer el cuerpo y la sangre del Señor en la comunión del pan y del vino consagrados, se reconoce su presencia. Al mismo tiempo se retiene grave, una verdadera falta, confundir la 'Cena del Señor' con cualquier otra comida (*1 Co* 11, 29). Además, el Apóstol da por supuesto que la presencia del Señor en su cuerpo y sangre no depende de la condición de quien lo recibe y que la comunión con ellos hace de todos un solo cuerpo, porque de ellos fluye la vida de Cristo. Ser un solo corazón y una sola alma (cf. *Hch* 2, 46; 4, 32-33), hasta hacer posible la comunión de los bienes, era la característica de la Iglesia apostólica, que compartía los gozos y los sufrimientos de sus miembros, es decir, que vivía la caridad (*1 Co* 12, 26-27).

Del cuadro bíblico emergen los siguientes puntos de referencia en relación a la verdad sobre la Eucaristía, que hacen del *sacramento del altar* una única realidad sacrificial y sacerdotal: la acción de gracias y de alabanza al Padre, el memorial del Misterio pascual, la presencia permanente del Señor. *(… continuará en el subsidio 17)*

4. COMPROMISO

Emprendamos esta etapa de formación con la disposición debida y permitamos que el Señor nos hable a través de esta documentación para poder prestar nuestro servicio con mayor amor y conocimiento. Los invitamos para que quienes tienen acceso a internet visiten la pagina del vaticano y busquen en ella infinidad de material sobre nuestra amada Iglesia:

http://www.vatican.va/phome_sp.htm

5. ORACION FINAL

Respetemos las Diferencias
¡Queremos ser hermanos!

comisionarquidiocesanadeliturgia@yahoo.com

Agentes Extraordinarios de la Comunión

COMITÉ DE LA CÉLULA PARA LA ANIMACIÓN LITÚRGICA

ETAPA 1
FASE 2
AÑO 1

ARQUIDIOCESIS DE BARRANQUILLA ● DPTO. DE SERVICIOS PASTORALES
PASTORAL LITÚRGICA ● SUBSIDIO No. 16 ● OCTUBRE 2006

1 Parte

OBJETIVO: *Al finalizar este encuentro, los Agentes Extraordinarios de la Comunión, han comenzado el estudio de la primera de dos partes, sobre la "La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia"* (Cap. I).

1. ORACION INICIAL:

Padre de bondad, gracias por amarnos y hacernos tus hijos. Gracias por tu Hijo Jesucristo, nuestro maestro. Ayúdanos a comprender, hoy y siempre, el amor tan grande que nos tienes, perdonándonos a pesar de nuestras constantes rebeldías y desobediencias. No permitas que nos alejemos de ti, antes bien, ilumina nuestro entendimiento para que seamos capaces de luchar contra el mal. Amén.

2. LECTURA BIBLICA: Isaías 42, 1 - 9

- ¿Reconozco a Jesús como el Siervo amado, mi pastor y hermano?
- ¿Soy dócil y obediente en mi servicio como AEC?
- ¿Me siento instrumento de salvación?
- ¿Estoy atento a las enseñanzas que se me ofrecen?

3. LA EUCARISTÍA EN LA HISTORIA DE LA SALVACION

El ofrecimiento y el sacrificio hechos a Dios como gesto de agradecimiento, de súplica, de reparación de los pecados, representan en el Antiguo Testamento el contexto preparatorio remoto de la última Cena de Jesucristo. Ésta es evocada por la figura del siervo de Yahveh, que se ofrece en sacrificio, derramando su sangre para la nueva alianza (*Is* 42,1-9; 49,8), en substitución y en favor de la humanidad. También las comidas religiosas de los hebreos, especialmente la pascual, memorial del Éxodo y del banquete sacrificial, servían para expresar el agradecimiento a Dios por los beneficios recibidos y para entrar en comunión con Él gracias a las víctimas del sacrificio (*1 Cor* 10,18-21). También la Eucaristía hace entrar en comunión con el sacrificio de Jesucristo. Además, en la tradición y en el culto hebraicos, la bendición (*beraká*) constituía, por un lado, la comunicación de la vida de Dios al hombre, y por otro lado, el reconocimiento, con asombro y adoración, de la obra de Dios de parte del hombre. Esto sucedía mediante el sacrificio en el templo y la comida en la casa (cf. *Gn* 1,28; 9,1; 12,2-3; *Lc* 1,69-79). La bendición era al mismo tiempo *eulogia*, es decir alabanza a Dios, y *eucaristía*, es decir, acción de gracias; este último aspecto terminará por identificar en el cristianismo la *forma* y el *contenido* de la anáfora o plegaria eucarística.

Los hebreos consumían también una comida sacra o sacrificio convival (*Sal* 22 y 51), habitual en tiempos de Jesús, caracterizado por la acción de gracias y por el sacrificio incruento del pan y del vino. Se puede comprender así otro aspecto de la última Cena: el del sacrificio convival de acción de gracias. El rito del Antiguo Testamento sobre la sangre derramada en el sacrificio constituye el tema de fondo de la alianza que Dios gratuitamente establece con su pueblo (*Gn* 24,1-11). Preanunciado por los profetas (*Is* 55,1-5; *Jer* 31,31-34; *Ez* 36,22-28) y absolutamente necesario para comprender la última Cena y toda la revelación de Cristo. En efecto, el Señor sancionó en la última Cena la alianza, su testamento con sus discípulos y con toda la Iglesia.

Los signos proféticos y el memorial preanunciados en el Antiguo Testamento (la cena en Egipto, el don del maná, la celebración anual de la Pascua) se cumplen en los sacramentos o misterios de la Iglesia. En ellos está contenida la potencia divina de la santificación, de la transformación y de la divinización de la muerte y resurrección del Señor, celebrada el domingo y cotidianamente en la Pascua cristiana. Dice San Ambrosio: “Ahora, presta atención si es más excelente el pan de los ángeles o la carne de Cristo, la cual es indudablemente un cuerpo que da la vida... Aquel evento era una figura, éste es la verdad”.

El único sacrificio y sacerdocio de Jesucristo

El hecho histórico de la última Cena es narrado en los evangelios de San Mateo (26, 26-28), San Marcos (14, 22-23), San Lucas (22, 19-20) y por San Pablo en la primera carta a los Corintios (11, 23-25), que permiten comprender el sentido del acontecimiento: Jesucristo se entrega (cf. *Jn* 13,1) como alimento del hombre, *ofrece su cuerpo y derrama su sangre por nosotros*. Esta alianza es *nueva* porque inaugura una nueva condición de comunión entre el hombre y Dios (cf. *Hb* 9,12); además es nueva y mejor que la antigua porque el Hijo en la cruz se entrega a sí mismo y a cuantos lo reciben les da el poder de ser hijos del Padre (*Jn* 1, 12; *Gal* 3, 26). El mandamiento “*Haced esto en conmemoración mía*” indica la fidelidad y la continuidad del gesto, que debe permanecer hasta el retorno del Señor (*1 Co* 11, 26).

Cumpliendo este gesto, la Iglesia recuerda al mundo que entre Dios y el hombre existe una amistad indestructible gracias al amor de Cristo, que ofreciéndose a sí mismo ha vencido el mal. En este sentido la Eucaristía es fuerza y lugar de unidad del género humano. Pero la novedad y el significado de la última Cena están inmediata y directamente relacionados con el acto redentor de la cruz y con la resurrección del Señor, “palabra definitiva” de Dios al hombre y al mundo. De este modo, Cristo, con su deseo ardiente de celebrar la Pascua, de ofrecerse (*Lc* 22, 14-16), se transforma en nuestra Pascua (*1 Co* 5,7): *la cruz comienza en la Cena* (*1 Co* 11, 26). Es la misma persona, Jesucristo, que, en la Cena en modo incruento y en la cruz con su propia sangre, es sacerdote y víctima que se ofrece al Padre: “sacrificio que el Padre aceptó, cambiando esta entrega total de su Hijo, que se hizo “obediente hasta la muerte” (*Flp* 2,8), con su entrega paternal, es decir, con el don de la vida nueva e inmortal en la resurrección, porque el Padre es el primer origen y el dador de la vida desde el principio”. Por este motivo no puede separarse la muerte de Cristo de su resurrección (*Rm* 4, 24-25), con la vida nueva que surge de ella y en la cual somos sumergidos en el bautismo (*Rm* 6,4).